

## CAPÍTULO I

# QUIÉN ERA EL HOMBRE

### EL HOMBRE

**N**o se trata de hacer una biografía, sino de poner de relieve los principales rasgos de la personalidad del señor Carranza; cuando menos aquellos que mejor ayudan a comprender sus actos como político y como gobernante.

### SU FÍSICO

Físicamente alto, robusto, sanguíneo, daba la impresión de un hombre muy vigoroso. Nada ágil, lento en el ademán y un tanto torpe en sus movimientos, habría parecido muy pesado si no fuera porque, siempre erguido, desmentía con su apostura la pesadez de su complexión.

Sobrio en extremo, nadie hubiera creído que un cuerpo tan grande pudiera vivir con lo poco que comía. Nunca se le veía beber más de un pequeño dedal de coñac antes de la comida, y en los banquetes, paladear por cortesía los vinos. Dormía relativamente poco, pero conservaba la necesidad de la siesta después de la comida.

Su cualidad física dominante era la resistencia: resistencia a la fatiga física como a la intelectual, y que convencía de debilidad a quienes tenían que acompañarlo o seguirlo en el camino o en la oficina en el trabajo. Su resistencia física impacientaba. A caballo muchos habrían preferido hacer dos veces al galope el mismo camino, que seguirlo al paso, siempre reposado, siempre igual, sin prisas.

En el trabajo, su resistencia fue siempre superior a la de sus más incansables colaboradores. Sin más orden que la que los secretarios pusieran en sus carteras de acuerdos, y en último caso sin otro orden que el que impusiera el montón formidable de papeles, despachaba lentamente pero irremisiblemente cuanto le llevaban el jefe de Estado Mayor, el secretario particular y el encargado de Guerra, diariamente; y luego el de Gobernación, y el de Hacienda, y el Contralor, casi diariamente; y luego cada uno de los demás ministros, y el procurador, y los jefes de departamentos, etcétera, etcétera. Y a eso de las dos de la tarde concluía la mañana de trabajo que no pocas veces había comenzado a las seis de la mañana. Y lo mismo era todos los días de la semana y no pocos domingos, durante meses y meses y así fue durante años.

Hay una labor asaz ingrata que constituye la desesperación de los funcionarios públicos: las audiencias. En épocas de desorganización administrativa todo se quiere arreglar por medio de una audiencia, y el interesado generalmente comienza por tocar los resortes más altos en vez de ir de abajo para arriba. Innumerables son los casos en que se acude al presidente de la República para un asunto que podría resolverse, o que está ya resuelto, por un jefe de sección. Pues bien, el Primer Jefe y el presidente Carranza vieron desfilar durante siete años, sin descanso, día tras día, lo mismo en México, que en Veracruz, que en Querétaro, en el tren o a caballo, cientos de miles de personas que iban a hablarle de sus asuntos: funcionarios o jefes militares con negocios de orden público unas veces, de interés personal las más; particulares

con peticiones pendientes de resolución; solicitantes de empleos, quejosos, pedigüeños, chismosos, curiosos, etcétera, etcétera.

Y en esta labor gastaba tarde a tarde cinco y seis y hasta siete horas sin que este desfile desesperante de ambiciones y egoísmos, y de intrigas, y de chismes, y de discordias y hasta de meras curiosidades, colmaran su paciencia con esa náusea especial del surmenaje que todos hemos sentido.

Su cualidad física era sin duda la resistencia. No he conocido hasta ahora un hombre de mayor capacidad de trabajo.

## SU INTELIGENCIA

Intelectualmente el presidente Carranza era considerado como una medianía, por muchos que se creen talentos. No era orador de fácil palabra, no era brillante en sus conceptos, no era sutil, no era analítico, no era fino en la dialéctica: no podía ser inteligente. Tal razonaban muchos sin decirlo.

Y, sin embargo, los hechos le daban siempre la razón contra los más irrefutables argumentos. Mil veces oí desahuciarlo en materias diplomáticas, porque —se decía— además de no haber viajado por el extranjero y de no hablar otras lenguas, carece de la firmeza y ductilidad intelectuales para decir las cosas... diplomáticamente. Y, sin embargo, todos los que a su lado desempeñaron alguna vez comisión diplomática o labor internacional —Pesqueira, Zubarán, Sánchez Azcona, Urueta, Cabrera, Bonillas, Pani— saben que sin parar mientes en las formas, acertaba siempre en el fondo.

En el despacho de los asuntos técnicos se creía, por supuesto, que él no entendía nada. Muchos hombres de negocios, verdaderos lobos del comercio, de la industria o de la banca, acudían al ministro del ramo convencidos de que con él lo arreglarían todo y con un “el presidente hará lo que usted diga; él no entiende de estas cuestiones técnicas” creían halagar al secretario y resolver el negocio. Pero a la

hora del acuerdo, el presidente, sin meterse a discutir los tecnicismos, veía desde luego el verdadero fondo del asunto, el propósito final del interesado y las consecuencias para el gobierno o para el país, y no pocas veces un “no” irrevocable desprestigiaba al ministro a los ojos del interesado o hacía creer a éste que la resolución se debía a ignorancia de Carranza; pero cuando aquel acudía al presidente para que revocara su negativa, quedaba sorprendido al convencerse de que éste hubiera visto más claro en un asunto “técnico” que el mismo ministro. No entraba en detalles, no era minucioso, no era analítico, pero tenía una comprensión clara, aunque lenta, de los lineamientos esenciales de todo problema que se le sometía, por técnico que fuese.

Su cultura literaria era vasta en historia. Especialmente en historia de México y Sudamérica, en lo cual era una verdadera enciclopedia aplicada. En otras ciencias su cultura era fruto de una provechosa lectura elemental que servía de cimiento a un gran caudal de conocimientos acumulados por la observación, la reflexión y la experiencia. Cualquiera, al oírlo hablar sobre agricultura, minería, comercio, banca, por ejemplo, se engañaba sobre la profundidad de sus conocimientos a causa de la sencillez de su palabra y de la ausencia de términos técnicos.

Su lenguaje era sencillo, sobrio, casi clásico. Enemigo de los rebuscamientos y de los eufemismos, con frecuencia se enajenaba voluntades y aparecía arrogante y autoritario en sus escritos sólo porque prefería las formas precisas y cortas: “haga usted”, “proceda usted”, “absténgase usted”, en vez del consabido: “este gobierno espera del nunca desmentido patriotismo de usted que no encontrará inconveniente en hacer, o en abstenerse, etcétera, etcétera”.

Tenía una excelente memoria, no sólo para fisonomías, o nombres, o cifras, sino principalmente para hechos. Recordaba siempre de cualquier asunto que se le hubiera hablado, y quién, dónde, cuándo y en qué sentido. Esto, unido a su gran

paciencia para escuchar, le permitía estar siempre en posesión de un enorme caudal de hechos concretos recientes de los cuales se servía. Tenía también una buena memoria de futuro, es decir, recordaba con facilidad y a tiempo lo que tenía que hacer.

Sus cualidades intelectuales eran, pues, una sólida cultura debida a la experiencia, una gran memoria, una gran sencillez y concisión de lenguaje y una maciza comprensión de la sustancia de las cuestiones que se le sometían.

## SU ACTIVIDAD

En cuestión de actividad, el señor Carranza era considerado como un hombre muy lento —desesperantemente lento—, según el sentir de los colaboradores militares de tipo explosivo que tuvo siempre a su lado. Era el defecto que le encontraban Obregón, Alvarado, Diéguez, Murguía, y el que más generalmente se le criticaba.

Y, sin embargo, era incesante. Su acción era lenta, pero persistente. Nada de saltos, nada de empujones y retrocesos, nada de nerviosidades epilépticas. Su acción era lenta, pero irremisible, implacable, constante, siempre igual. No como la ola que azota y se retira para volver a azotar, sino como la marea incontenible que sube y sube lentamente sin alardear de su empuje formidable.

Cada día hacía “algo”. Algo, además del sinnúmero de labores a que lo obligaran las circunstancias. Algo que desde mucho tiempo atrás ya tenía bien pensado y resuelto hacer. No era una estrella errante disparada, ni un cometa radioso cuyo camino se percibiera a la simple vista; era un planeta que aparentemente inmóvil en el espacio, seguía, sin embargo, sus movimientos de rotación y traslación que los ojos humanos no perciben si no es comparando posiciones cada día. La actividad del señor Carranza era lenta —desesperantemente lenta—, pero comparando la posición de México en las sucesivas etapas de 1913,

1916, 1920, se convence uno de que la inmensa fuerza de su personalidad ha venido haciendo avanzar a la nación paso a paso, lentamente, pero sin detenerse un momento.

## SU CARÁCTER

Los rasgos dominantes de su carácter eran la ecuanimidad y la tenacidad.

Pocos hombres más equilibrados puede haber. Era ecuánime; no inconvencible. No dejaba de apreciar las más ligeras circunstancias supervenientes, pero no giraba a cada soplo del viento. Los grandes vendavales, los grandes triunfos, las grandes derrotas, apenas sí balanceaban serenamente la ramazón del roble. Las noticias de los grandes éxitos no lo hacían abandonar la labor diaria para saltar de júbilo; los grandes fracasos no lo postraban descorazonado.

En Hermosillo, cuando la toma de Veracruz, o en Querétaro cuando la invasión de Pershing, o en Córdoba, cuando la Convención, no perdió la cabeza. La desocupación de Veracruz coincidió con la defección de casi todos sus amigos en Aguascalientes; la recuperación de Puebla coincidió con la noticia del fusilamiento de su hermano don Jesús; el triunfo de Celaya coincidió con la casi evacuación de Tampico. A cada vibración del telégrafo todos pasábamos del júbilo a la depresión, y del desaliento a la exultación; sólo él permanecía impassible y sereno; sin alegrarse demasiado, sin desesperarse nunca. Y aun las grandes rachas de ingratitud nunca lo abatieron; las recibía con tristeza, pero sin rabia; sobre todo sin desaliento.

Era tenaz, casi terco. Obcecado, no.

Confiaba siempre en el tiempo que todo lo muda y por eso esperaba y persistía en su acción mientras cambiaban las circunstancias. No era sordo a las sugerencias contrarias a sus ideas cuando venían en forma de ayuda sincera y no de reproche, pero no gustaba de cambiar sus tácticas al primer fracaso,

ni menos cuando adivinaba un alarde o un móvil interesado en quien le aconsejaba un cambio de política.

En ciertos casos fue intransigentemente obstinado y terco: cuando luchaba contra la injusticia y cuando iba de por medio el honor nacional.

Y, sin embargo, cuando era preciso, sabía ser dúctil, más bien dicho, prudente. Sólo un hombre que reuniera en tan alto grado la firmeza y la prudencia pudo salvar al país de las tres o cuatro grandes complicaciones internacionales en que estuvo a punto de naufragar nuestra nacionalidad. Menos prudencia, y nos habríamos suicidado con motivo de lo de Veracruz o de lo de Columbus. Menos firmeza y habríamos hecho muchas indignidades cuando la guerra europea, o con motivo del caso Jenkins o de la cuestión petrolera, o de tantos y tantos casos de política interior y exterior en que sólo a la energía del señor Carranza se debió la salvación del decoro nacional.

Ahora ya todos somos internacionalistas; pero en aquellos tiempos, de no tener a Carranza, habríamos oscilado entre los explosivos que habrían conflagrado al país, y los timoratos que lo habrían entregado abyectamente.

## SU CIVISMO

En su vida pública, sus cualidades dominantes fueron siempre la justicia y el respeto a la ley. Como arma de combate, bien está que sus enemigos lo pintaran como un tirano que pisoteaba las leyes y las libertades y que no reconocía más ley que su capricho. Pero en cuanto se salga de la oratoria jacobina parlamentaria o del lenguaje del mitin de propaganda para entrar al terreno de la historia, va a costar mucho esfuerzo empeñarse en probar que fue un tirano.

Habría que trazar un paralelo entre él y cualquiera de los tres grandes tiranos que hemos tenido en México: Santa Anna, Díaz y Huerta.

¿A quiénes encarceló? ¿A quiénes amordazó? ¿A quiénes asesinó? ¿A quiénes despojó? ¿A quiénes desterró? Preguntas son éstas que no es aún tiempo de contestar. Más tarde se verá que precisamente su debilidad y su caída fueron consecuencia de su gran respeto a la vida y la libertad y a los intereses de sus enemigos, respeto que rayó en lenidad y en desidia cuando llegaron los momentos de la lucha, en que ni siquiera acudió a la suspensión de garantías.

En sus actos como gobernante, en los miles y miles de resoluciones que tuvo que dar en conflictos de intereses no hay un solo caso en que por rencor o por favoritismo haya quitado a nadie lo suyo, ni haya dejado de guiarse por el bien general o por la justicia. Fue siempre justo, más bien inclinado a la benignidad, y sólo fue severo en los casos en que verdaderamente habría faltado a su deber no siéndolo.

## SU MORAL

Era probo. Contra todos los cienos que sobre su probidad quieran arrojarse existe la contestación infalible: murió pobre.

Era esclavo de su palabra. Nunca prometía nada que no pudiera cumplir. En el Plan de Guadalupe no prometió más que el derrocamiento de Huerta y a pesar de las insistencias de los políticos para que diera un programa de reformas, no quiso hacerlo, y cuando después de derrocado Huerta lo dio como bandera en la lucha contra el villismo o el zapatismo, los radicales que lo apremiaran antes comenzaron a asustarse.

Con una palabra que hubiera dicho, habría tenido la buena voluntad de Estados Unidos, y esa palabra no quiso decirla, no porque no tuviese el firme propósito de proteger vidas e intereses de extranjeros, sino porque prefirió siempre hacer lo que no había prometido, antes que prometer lo que no sabía si podría cumplir.

Los miles de solicitantes que acudían a él en demanda de justicia o de favores salían decepcionados de no obtener de él



una promesa aunque más tarde obtuvieran lo que no se les había ofrecido. En cambio, lo que él prometía, aunque sólo fuera con un asentimiento en forma de silencio era como si estuviese firmado por él.

## EL HOMBRE

Afable, bondadoso, paciente, reposado, mesurado en el hablar aun en medio de las más fuertes tempestades de cólera o de indignación, no olvidaba jamás el respeto que se debía a sí mismo y nadie lo oyó estallar en recriminaciones, ni desatarse en intemperancias de lenguaje. En sus mayores demostraciones de indignación y de cólera, contra la ingratitud, o contra la injusticia o contra la falta de patriotismo, su exaltación apenas rebasaba los límites de una especie de entusiasmo que le salía al rostro cuando afirmaba con el puño cerrado (sin golpear la mesa) “hemos de vencer”.

Y sin embargo, era un hombre como todos; con sus debilidades, con sus flaquezas, y sobre todo con lo que hace a un hombre vulnerable: con sentimientos.

No era un político a la Porfirio Díaz, con el alma templada para responder solamente a la vibración de la política, pero sorda a cualquier otro sentimiento de ternura o de afecto. No, Carranza era humano; jovial, accesible a la alegría, a la pena, a la ternura, a la compasión, al amor. Tenía un gran corazón y lo prodigaba en su familia, en sus amigos, en sus semejantes, en su patria.

¿Tenía defectos? Debe haberlos tenido, y muy grandes. Proporcionados a sus cualidades. Pero la admiración, el respeto, el cariño y la gratitud me impidieron vérselos. Otros los analizarán. No faltará quien se los descubra y los ponga de bulto en cuanto se trate de adular por comparación. En cuanto a mí sólo he querido hablar aquí de aquellas virtudes que le permitieron realizar la obra colosal de su existencia.

De propósito no he querido hacer paralelos históricos, ni con los Catones, ni con los Juárez.

Pero si hay alguien a quien pueda aplicarse el grandioso cartabón que Rudyard Kipling traza en su *If* para medir a un hombre verdadero, ese es Carranza.<sup>1</sup>



<sup>1</sup> *As a note I should like to insert the If by Kipling in the English Edition.* \*

\* N. del E.: Así aparece en la edición original. Aquí decidimos reproducir el poema, como lo quería Cabrera.

*If you can keep your head when all about you,  
Are losing theirs and blaming it on you,  
If you can trust yourself when all men doubt you,  
But make allowance for their doubting too;  
If you can wait and not be tired by waiting,  
Or being lied about, don't deal in lies,  
Or being hated, don't give way to hating,  
And yet don't look too good, nor talk too wise:*

*If you can dream - and not make dreams your master;  
If you can think - and not make thoughts your aim;  
If you can meet with Triumph and Disaster  
And treat those two impostors just the same;  
If you can bear to hear the truth you've spoken  
Twisted by knaves to make a trap for fools,  
Or watch the things you gave your life to, broken,  
And stoop and build'em up with worn-out tools:*

*If you can make one heap of all your winnings  
And risk it on one turn of pitch-and-toss,  
And lose, and start again at your beginnings  
And never breathe a word about your loss;  
If you can force your heart and nerve and sinew  
To serve your turn long after they are gone,  
And so hold on when there is nothing in you  
Except the Will which says to them: "Hold on!"*

*If you can talk with crowds and keep your virtue,  
'Or walk with Kings - nor lose the common touch,  
if neither foes nor loving friends can hurt you,  
If all men count with you, but none too much;  
If you can fill the unforgiving minute  
With sixty seconds' worth of distance run,  
Yours is the Earth and everything that's in it,  
And —which is more— you'll be a Man, my son!*